

En una escuela de La Vega la solidaridad fue la respuesta a las lluvias

Adelantando la Cuaresma

Eduardo Soto Parra, s.j.*



El colegio Andy Aparicio de Fe y Alegría –parte alta de La Vega– sirvió como albergue durante 40 días a más de 150 familias que quedaron damnificadas en ese sector por las recientes lluvias. Este artículo es una breve crónica de lo sucedido

El martes 30 de noviembre la gente de la parte alta de La Vega no amaneció con la alegría y el entusiasmo de siempre. La noticia del fallecimiento de tres niños tapiados en el sector de La Invasión –por los lados de la vía a La Pradera–, debido a un deslizamiento por efecto de las continuas lluvias, conmocionó a la comunidad. Al mismo tiempo, a diversos sectores (el B, Las Casitas, El Encanto, Monte Carmelo, Las Torres, entre otros) comenzaron a llegar alarmas por casas que también habían sido afectadas al ceder la tierra en la cual estaban construidas, dejando a muchas familias en la calle. Un halo de desesperación comenzó a sentirse en el ambiente ante lo inesperado. Cualquier reacción se podía esperar. Los voceros de las comunidades circunvecinas comenzaron a llegar al colegio Andy Aparicio de Fe y Alegría, exigiendo algunos de ellos que se abriera la institución para recibir a los damnificados. No era necesaria la desproporción; mediante la firma de un Acta las instalaciones se abrieron y comenzaron a llegar familias ante la mirada atónita de profesores y alumnos que todavía no creían lo que estaba sucediendo: la escuela convertida en un albergue y quién sabe hasta cuando.

Los consejos comunales y los líderes sociales comienzan a organizarse. La novedad de la situación, el llanto de los niños y las ansias de protagonismo de los diversos actores hacen tenso el ambiente. La sala situacional de riesgo de la Alcaldía se presenta en el lugar, y ante la avalancha de gente y de necesidades, se abre el compás de la solidaridad y comienza a generarse un proceso que permitió la convivencia y el levantamiento de un refugio que sirvió como escuela de humanización y solidaridad. El lenguaje se modera pues ya no se habla de la “toma del colegio”, sino de una escuela atenta a las necesidades de la comunidad, de una comunidad trabajando unida por el beneficio de aquellos que tienen mayor necesidad. Esta apertura permite gestionar ayudas, incorporar a otros en el entramado de la solidaridad. Y esa solidaridad se concreta en litros de agua, toneladas de ali-

mentos y horas de trabajo sin más remuneración que la alegría de haber *colaborado en algo*.

De esta manera, a despecho de quienes creen que la polarización del país no da lugar al diálogo ni a entendimiento alguno, y para beneficio de casi 800 personas que dormían, vivían, oraban, jugaban, rezaban y comían en el colegio, organizaciones como Fe y Alegría, los consejos comunales, la parroquia San Alberto Hurtado, Corpoelec, Organización Católica San Ignacio (Oscasi), la Guardia Nacional Bolivariana, Banco Central de Venezuela, Proyección a la Comunidad de la UCAB, el Frente Francisco de Miranda, Cáritas de Venezuela, Cantv, Escuela Canaima, *YVKE Mundial*, Fundación Telefónica, las casas de alimentación, *Vive TV*, Misión Barrio Adentro, el Centro de Salud Santa Inés de la UCAB –entre otras entidades y organizaciones que pueden escaparse– trabajaron unidos dejando a un lado estereotipos y etiquetas, sin abandonar necesariamente sus particulares intereses y directrices, pero entendiendo que no se podía mantener adecuadamente el refugio si no se colocaba el acento en la solidaridad y en el trabajo conjunto para la atención de la contingencia.

Se dice fácil, pero ver a los representantes de los muchachos del colegio –de distinta opción política– turnándose en el servicio, o a los médicos cubanos de Barrio Adentro compartiendo espacio con los especialistas del Parque Social de la UCAB, o a los autoproclamados anarquistas y socialistas, líderes con décadas de trabajo en algunas comunidades de la parte alta, reunidos en la capilla del colegio con la gente de la parroquia para gestionar la seguridad y los alimentos en el refugio, evidencia una comunidad posible, un aprendizaje que nos adelantó a todos la Cuaresma, vivida en tiempo de Adviento y Navidad, durante los cuarenta días y noches en los que pernoctaron los damnificados en las aulas de la planta baja del colegio.

No faltaron momentos de tensión cuando la seguridad se vio vulnerada por los disparos que un joven ajeno al refugio hizo dentro del colegio, o cuando le llegó el momento de parir a



más de una de las trece mujeres embarazadas que dormían en colchonetas sobre el frío piso de la escuela; pero nada de eso mermó la acción y la entrega de los miembros del equipo que se tomaron en serio el albergue. Ya en enero, todos ellos anhelaban, a veces secretamente, que se terminara la experiencia, desgastados por las urgencias cotidianas: también esperaban el reinicio de la normalidad con las clases más de un mes suspendidas.

Fue así que el sábado 8 de enero, después de Reyes y antes de celebrar el Bautismo del Señor, celebración que marca el fin del tiempo litúrgico de la Navidad, los damnificados fueron a ocupar otros espacios, en la espera por una solución definitiva a su situación, recibiendo aún el apoyo de muchos de quienes los acompañaron durante su estancia en el colegio. Cuarenta días, número bíblico significativo de una experiencia de peregrinaje que no ha terminado para quienes se quedaron sin hogar. Cuarenta días que nos llevaron de la alarma a la serenidad, del prejuicio a la aceptación, de la arrogancia a la compasión, de la demanda al gesto agradecido. Una escuela de solidaridad que no olvidaremos quienes en ella fuimos educados.

*Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.